

Colombia: Las FARC están perdiendo la guerra, la ideología, la cabeza y el corazón

JOAQUÍN VILLALOBOS, OXFORD, JUNIO 2003

Investigador del Saint Antony's College, Oxford University

I. ¿QUIÉNES SON LOS BUENOS Y QUIÉNES LOS MALOS EN COLOMBIA?

A diferencia de las guerras civiles en Centroamérica, que se vinculaban al exceso de poder del Estado, la guerra de Colombia está vinculada a la ausencia de Estado en el territorio. En 1980 el Ejército salvadoreño tenía 19 mil hombres, incluidos 7 mil policías, y una estructura paramilitar legal de 150 mil integrantes, conocida como Servicio Territorial, desplegada en 21 mil km² y 261 municipios para una población de 5 millones de habitantes. Esa estructura se encargaba desde del orden público y la represión hasta de los fraudes electorales. La guerrilla salvadoreña nació y se multiplicó fundamentalmente a consecuencia de los abusos de poder del Estado. Colombia tiene una Fuerza Pública de 140 mil hombres, incluida la policía, para 1 millón 141 mil km² y 44 millones de habitantes distribuidos en 1.098 municipios. Los grupos armados colombianos, sean guerrilla o paramilitares, se han multiplicado a consecuencia de la histórica ausencia de poder coercitivo del Estado en vastas áreas rurales del país en las que existen grandes extensiones de cultivo de coca y amapola.

En El Salvador la guerrilla combatía por un espacio y en Colombia llena un espacio vacío. Indiscutiblemente existen motivaciones ideológicas originales y factores históricos causales en los que hay abusos de poder, crímenes y violaciones a los derechos humanos. Sin embargo, Colombia, a pesar de la violencia política, ha mantenido predominio civil en sus gobiernos, cultura de derecho, partidos, elecciones, alternancia, y no ha vivido una dictadura en serio como las de Centro o Suramérica. Existen además grupos y dirigentes de izquierda democrática que se han abierto camino a fuerza de imaginación política, de sacar ventaja de negociaciones desventajosas, pero sobre todo de avanzar con valentía entre los muchos muertos que les han causado ambos extremos. El crecimiento reciente de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) es difícil explicarlo políticamente si se tiene en cuenta que es la guerrilla más antigua de Latinoamérica, y que fue militar y políticamente inofensiva hasta que apareció el cultivo de coca. Si bien la droga contamina todas las esferas de la sociedad colombiana bajo formas criminales y marginales, sólo los grupos armados ilegales le han dado a la relación con el narcotráfico un carácter orgánico y formal.

Es fundamental entender bien esta particularidad del conflicto colombiano, porque de ella derivaron grupos armados más susceptibles de sufrir una descomposición y un Estado más susceptible de evolucionar democráticamente. Exactamente el proceso inverso que ocurrió en Centroamérica, en donde las guerrillas evolucionaron y se legitimaron políticamente y los gobiernos sufrieron aislamiento hasta ser forzados a negociar. Esta realidad colombiana contradice la visión tradicional de las organizaciones de derechos humanos, para las cuales el Estado es siempre el principal violador. Las investigaciones recientes muestran que las FARC cometen más violaciones que los paramilitares y el Ejército; eso no ocurrió con ninguna otra guerrilla en Latinoamérica. El Estado es cuestionado por el pasado, y las FARC, por el presente. En Colombia era posible prever que la guerrilla caminaría en dirección a controlar el narcotráfico y caer en el terrorismo, al tiempo que el Estado reduciría las violaciones a los derechos humanos y perseguiría a los paramilitares.

La ideología para las FARC es cada vez más sólo una justificación en su transición de guerrilla política a bandolerismo social. Terminadas las dictaduras en Latinoamérica, sólo los zapatistas de México y las FARC de Colombia siguen en armas; ambos movimientos renovaron su justificación con el antineoliberalismo y demandaron el fin de la pobreza. Esto bloqueó la racionalidad de una solución política negociada, porque ésta es acerca de las libertades democráticas; la negociación sobre la pobreza y lo social, además de ser imposible de medir, verificar y concluir, pertenece al ámbito permanente de la sociedad civil. No puede una guerrilla sustituir a los sindicatos. Sin embargo, los zapatistas detuvieron la lucha armada y la sustituyeron de hecho por actividad política; las FARC no se han detenido, y han sustituido la lucha armada por terrorismo y narcotráfico.

En Colombia, a diferencia de como fue en El Salvador, la guerra se libra bajo condiciones democráticas. Esto genera una tensión natural entre política, prensa, economía, mundo intelectual y militar: algo parecido a lo que vivieron Estados Unidos o Gran Bretaña en el momento de la guerra de Irak, sólo que en Colombia es permanente. Es lógico entonces que surjan posiciones encontradas sobre legalidades, legitimidades, tiempos, expectativas, resultados, eficacia y límites o limitaciones en el uso de la fuerza. Cuando terminó la zona de distensión, se habló de los riesgos de una guerra total que no ha ocurrido; esas confusiones resultan más de la dimensión del debate que de la dimensión real de la guerra.

A pesar de la intensidad de la violencia en la sociedad colombiana, el desarrollo y la eficacia militar y política de las FARC están muy lejos de lo que fueron las guerrillas de Cuba, Argentina, Uruguay, Nicaragua y El Salvador. Las FARC tienen cuarenta años de existencia, pero no es hasta hace algo menos de diez años cuando retaron en serio al Estado, y hace poco menos de cinco que éste se decidió a

enfrentarlas en serio. Las FARC son viejas, pero el conflicto es, en realidad, nuevo. A pesar de las partes negativas de la biografía del Estado colombiano, éste viene ganando legitimidad al aceptar errores, tolerar críticas, corregir la impunidad dada a sus militares, y al estar aprendiendo a usar la fuerza dentro de un marco legal y bajo una fuerte fiscalización civil. Esto ha convertido a las FARC en la guerrilla con mayor aislamiento nacional e internacional del continente y al Estado colombiano, en el Estado que más legitimidad ha ganado en el empleo de la fuerza contra una insurgencia.

II. DE LO SUBLIME A LO RIDÍCULO

Una vez mostrado el potencial ofensivo por las FARC entre los años 95 y 98, éstas sufrieron un severo debilitamiento militar. Las Fuerzas Armadas colombianas ganaron capacidad de reacción y las operaciones de la guerrilla disminuyeron drásticamente; ahora las FARC causan pocas bajas militares, capturan pocos prisioneros, no requisan armamento, ya no son capaces de tomar posiciones, sufren serias derrotas, tienen numerosas deserciones y sus secuestros se están reduciendo. Las FARC perdieron la iniciativa estratégica al no poder responder al dominio aéreo ni a la movilidad del Ejército y al no lograr sustituir sus operaciones con grandes fuerzas de maniobra, por un combate eficaz, sostenido y numeroso de pequeñas unidades que causara daños militares importantes.

En El Salvador, resultado de una situación similar, la guerrilla pudo conservar la iniciativa estratégica combatiendo con pequeñas unidades, aumentando el ritmo diario de combate con decenas de emboscadas y golpes de mano, atacando grandes cuarteles con fuerzas comando en operaciones nocturnas que causaban centenares de bajas y expandiendo el dominio y presencia territorial. El cambio de una modalidad a otra en El Salvador duró unos meses; en Colombia las FARC llevan cinco años sin poder retomar la iniciativa. En la actualidad algunas veces tienen éxito en emboscadas o sabotajes, pero esta actividad es pobre si se considera el supuesto número de combatientes de la guerrilla y la cantidad de blancos disponibles en el país. La actividad militar de las FARC es de frecuencia esporádica, numéricamente baja, desordenada y cualitativamente pobre. No pudieron realizar una dispersión de su fuerza porque eso demanda de sus mandos una calidad política, una moral y una disciplina que éstos no poseen.

Usando la experiencia de Centroamérica, las FARC realizaron cambios de estrategia a inicios de los 90: esto y los recursos de la coca les permitieron ser más ofensivos, pero los obligó a comprometerse en una concepción de guerra que es para ganar o perder, con un concepto de tiempo más dinámico y una noción de moral que requiere un final y una idea de victoria; por ello jugaron tácticamente a negociar. Esto les hizo verse fuertes durante un tiempo, pero al abandonar su vieja estrategia de sobrevivir, se volvieron vulnerables. Si combaten, sufren derro-

tas; y si no combaten, sus hombres se autodesmovilizan, tal como ya está ocurriendo. Si fuera cierta la idea de que se han replegado durante el actual gobierno, en cuatro años tendrán menos hombres, menos territorio, menos moral y mayores desventajas estratégicas y tácticas, y si ya no son fuertes no volverán a tener la misma importancia en la agenda de cualquier gobierno. Es por ello por lo que, incapaces de responder a la readecuación del Ejército, obligados a mantener la imagen de victoria y fuerza, y necesitados de recuperar la iniciativa, incorporaron un terrorismo puro y duro a sus planes.

Algunos han confundido el terrorismo de las FARC con guerra urbana y consideran que éste es un riesgo estratégico que puede cambiar la correlación y empujar el conflicto. Sin embargo, en una guerra sin motivaciones religiosas, étnicas o nacionalistas, que divida a la población, el terrorismo es un suicidio. Ningún tipo de ideas justifica el terrorismo, pero las motivaciones ideológicas, políticas o las diferencias sociales son las que menos lo viabilizan. No hay en Colombia un odio que permita devaluar al extremo las víctimas civiles inocentes, sin importar sexo ni edad. La homogeneidad de la población cierra filas y reniega del terrorismo. Por eso éste no ha sido común en las guerrillas latinoamericanas como sí lo sigue siendo en Asia, África y Europa.

A excepción de Sendero Luminoso de Perú y ahora de las FARC en bastante mayor escala, el resto de guerrillas latinoamericanas no cayeron en el terrorismo, aunque pueda acusárselas de causar víctimas colaterales y de violaciones a los derechos humanos. No consideraron nunca la eliminación intencional, masiva e indiscriminada de civiles, aunque éstos fueran millonarios. Sólo en el atentado al club "el Nogal", las FARC mataron a treinta civiles e hirieron a más de cien. Desde el Movimiento 26 de Julio de Cuba que no realizaba secuestros, hasta llegar a Marcos de México que habla de "la no violencia armada", los guerrilleros latinoamericanos buscaron siempre parecerse más a Robin Hood que a Osama Bin Laden.

Con seguridad el terrorismo, mientras dure, provocará sobresaltos en la democracia colombiana, pero jamás le dará ventaja estratégica a las FARC. El terrorismo está provocando el desmantelamiento del aparato urbano de la guerrilla y le ha permitido al gobierno crear unidad política y moral de combate en la sociedad. El apoyo popular a la inteligencia oficial está creciendo por la necesidad de proteger la seguridad colectiva y rechazar un extraño poder que los amenaza a todos. El Ejército se ha convertido en la institución más popular del país con un apoyo del 80%, y el presidente Álvaro Uribe, que ha ofrecido derrotar a las FARC, tiene un respaldo del 73%.

La idea de una ofensiva guerrillera, tal como la que ocurrió sobre la capital de El Salvador en 1989, no es posible, porque las FARC no tienen suficiente control

político de territorio en la periferia de las ciudades, tampoco un frente político y militar altamente activo dentro de éstas; no han mostrado capacidad de coordinación simultánea de su fuerza y no poseen una logística de guerra de gran escala. La ofensiva guerrillera en El Salvador implicó acercar 7 mil combatientes en secreto a los objetivos urbanos y comandar una idea de maniobra de fuerzas que actuaban de forma simultánea. El acercamiento fue posible porque existían decenas de miles de colaboradores en redes construidas por activistas políticos de la guerrilla. Si las FARC intentaran penetrar con su fuerza a las ciudades colombianas con seguridad sufrirían una derrota estratégica.

Las FARC han sustituido la moral combativa por el dinero, y la política por la droga, y esto es autodestructivo. El exceso de dinero en una guerrilla altera desfavorablemente la relación entre riesgos y beneficios, porque conduce a evitar los riesgos y a sustituir los beneficios morales por los materiales, anulando el espíritu de sacrificio. Esto explica el terrorismo de las FARC y el uso reiterado y masivo que hacen de los cilindros de gas, a pesar de que éstos matan sólo a civiles. No es economía de fuerza, sino reducción de riesgos para sus hombres, a costa de aumentar los de los civiles. La comodidad invade a toda la cadena de mando, desde los estratégicos hasta los operacionales, desestimulando cualquier heroísmo. El sobrepeso en los jefes estratégicos, y los hombres bomba engañados o forzados, son indicadores de este fenómeno.

No hay razones para que las FARC se preocupen por realizar trabajo político si necesitan atender la producción de coca más importante del mundo. Cuestiones tan elementales para una guerrilla como la propaganda armada están ausentes en Colombia. La propaganda de las FARC sale de Europa vía Internet. El debilitamiento moral de la guerrilla se está acelerando y en la medida en que las fuerzas gubernamentales golpean y aumentan los riesgos, las FARC pierden hombres sin combatir, por el aumento de las desertiones. No se puede descartar que puedan todavía realizar algunas operaciones militares; sin embargo, la victoria en la guerra se mide por armamento capturado, prisioneros, desertiones, bajas contadas directamente, crecimiento de fuerzas, número de operaciones ofensivas y defensivas, apoyo de la población y terreno conquistado. Esos indicadores muestran claramente que las FARC están siendo derrotadas, cuando hace sólo 15 meses tenían un amplio territorio, reconocimiento internacional, imagen vencedora y beligerancia política. Con ello, pasaron de lo sublime a lo ridículo.

III. ¿CUÁNDO Y CÓMO PODRÍA TERMINAR LA GUERRA?

Lo único que podría alterar la correlación de fuerzas en Colombia es que las FARC recibieran apoyo directo de un gobierno vecino, lo que supondría operaciones logísticas encubiertas de mayor escala y una retaguardia cercana. Esto no pondría en riesgo el poder, dada la debilidad política de la guerrilla, pero aumenta-

ría su capacidad de hacer daño. Por ahora es una guerrilla bien uniformada y con mucho dinero, pero armada sólo con fusilería y explosivos caseros. Su logística depende del mercado negro, lo que no garantiza flujos regulares. Algunos consideran que la posesión de misiles antiaéreos podría darles ventaja, pero esto implica superar la dificultad de obtenerlos en número suficiente, introducirlos en Colombia con el cuidado adecuado, capacitar personal para emplearlos y acertar en su empleo táctico. Superado todo lo anterior, si la utilización no fuera sostenida y eficaz, su efecto sería pasajero. Los misiles antiaéreos no permiten ganarle terreno a un ejército que está creciendo en infantería.

En conclusión, las FARC no pueden cambiar la correlación militar, ni superar su incapacidad política, ni salir del aislamiento internacional. Hay una tendencia creciente en gobiernos de Europa y Latinoamérica de declarar a las FARC como terroristas, a ella se han incorporado incluso los gobiernos de izquierda de Lula en Brasil, Gutiérrez en Ecuador y Lagos en Chile; esto es consecuencia de que el terrorismo y el narcotráfico han convertido a las FARC en una amenaza global. Posiblemente las FARC dejen de ser una amenaza militar en el medio plazo, pero podrían sobrevivir más tiempo como violencia delincuencial ligada al narcotráfico. Teniendo en cuenta que una guerrilla es en esencia un aparato que busca controlar territorio y población, el componente que más irá debilitando estratégicamente a las FARC será el control permanente del territorio por parte del Estado. Las redes de informadores y los soldados campesinos son por ello lo que más preocupa a la guerrilla. Esta puede lidiar con las incursiones temporales de la fuerza profesional del ejército, pero la presencia permanente de fuerzas de carácter territorial la dejan sin población, y la mera subsistencia en territorio vacío es inocua.

En el corto y medio plazo es previsible que los golpes ofensivos de las fuerzas del gobierno sean cada vez más frecuentes a partir de la inteligencia que proporciona el dominio territorial y de la ventaja de poseer fuerzas móviles. Esto y la guerra de propaganda multiplicarán las desertiones. La guerrilla se verá cada vez más obligada a reaccionar política, militar y psicológicamente frente a lo que hace el gobierno, tal como ya está ocurriendo. Bajo esa condición de ventaja estratégica del Estado, habrá con seguridad errores y hasta tragedias, como el asesinato de los secuestrados, y quizás nunca haya una batalla militar final, sino una victoria diluida sin reconocimiento político. En Colombia las elecciones están por encima de la guerra, y en el momento en que las FARC estén derrotadas, nadie le aplaudirá al gobierno; la guerra podría sobrevivir después de muerta a conveniencia de la lucha electoral, porque así es la democracia.

Nada de esto es contradictorio con la posibilidad de una negociación, porque ésta es siempre un resultado de la fuerza. No son caminos alternativos, sino complementarios con lenguajes diferentes. No importa que se diga terroristas y presos-

res un día, y alzados y gobierno al siguiente. En El Salvador la negociación fue posible hasta que la guerrilla combatió durante 12 días dentro de la capital, cuando el Ejército, en su desesperación, asesinó seis sacerdotes jesuitas y en el momento en que misiles antiaéreos guerrilleros comenzaron a derribar continuamente cazabombarderos y helicópteros. Hasta entonces se negociaron, acordaron y aprobaron las reformas constitucionales que separaron para siempre al Ejército salvadoreño de la política, tras reducirlo y depurar a todo su alto mando. Las FARC, al desaprovechar la oportunidad de negociar con el gobierno anterior, no le dejaron al Estado más camino que forzar a una negociación mediante el uso pleno de los esfuerzos militares, policiales, políticos, jurídicos e internacionales que consigan el aislamiento y debilitamiento de la guerrilla. Esa negociación quizás será fraccionada, gradual y local, dependiendo de cuánto tarde el mando de dicha guerrilla en comprender que no tienen otra alternativa.

Las FARC justifican sus acciones como una lucha por los más pobres; sin embargo, han generado un abrumador movimiento de opinión pública hacia la demanda de seguridad, desplazando el debate sobre una agenda social. Con ello, se han convertido en un grupo reaccionario que perjudica fundamentalmente a las fuerzas políticas de izquierda que desean priorizar las necesidades de los más pobres en la política colombiana. Paradójicamente la derrota de las FARC significaría así una ventaja para la izquierda.

El Ejército descubrió un depósito de las FARC con 14 millones de dólares: humildes soldados y oficiales no resistieron la tentación y convirtieron aquello en su botín. Lo principal de ese hecho es la confirmación de la profunda descomposición moral de las FARC resultado del narcotráfico. La posesión de exorbitantes cantidades de dinero contrasta con que necesitan matar diez civiles para causar una baja militar, se niegan a liberar a soldados y policías que son personas pobres, secuestran niños, obligan a inocentes a convertirse en hombres bomba y consideran que matar seres humanos de forma masiva e indiscriminada es una acción de guerra. No queda duda de que el gran error de la guerrilla colombiana no ha sido político, ni militar, de eso quizás se habrían salvado. El error fue romper con su propia ética, entrar en el narcotráfico, y dejar que el dinero los esté llevando a perder la guerra, la ideología, la cabeza y el corazón. ●